



La doble infancia del cine

Cuando propusimos a Abbas Kiarostami y Víctor Erice el montaje de una exposición sobre sus respectivas trayectorias, solo se habían visto una vez. Había sido en una edición del Festival de Taormina, donde tuvieron la oportunidad de expresarse su mutua admiración. No eran amigos pero se conocían gracias a la universalidad del lenguaje del cine. Probablemente por eso no se hicieron de rogar cuando Alain Bergala y Jordi Balló les explicaron su idea sobre una exposición compartida. El cine –cierta forma de ver el cine– era su territorio común. Y fue esta base, y no la amistad o el conocimiento personal, lo que dio sentido al proyecto. Más tarde, cuando ya habían aceptado participar, se vieron un día en Tesalónica, e intercambiaron un par de e-mails. El resto ha sido cosa del cine. El cine –el lenguaje principal de estos dos creadores– ha servido para plasmar en imágenes el diálogo entre dos cineastas que solo se conocían por sus películas.

Las exposiciones –como cualquier género de creación– tienen sus propios códigos internos. Una mala exposición es la que muestra cosas que podrían haberse presentado mejor de otra manera. «Erice-Kiarostami. Correspondencias» es el lugar, físico y mental a la vez, donde se plasma un diálogo entre dos creadores –entre un cine y sus referentes– que difícilmente se habría podido producir por otros medios. Así, por ejemplo, los cuadros de Antonio López pueden convivir directamente con las especulaciones de Víctor Erice sobre ellos, y las fotos e instalaciones de Kiarostami pasan la prueba del contacto con su cine. Y así, sobre todo, la correspondencia entre dos personas que son de cine y que, por tanto, aceptan cartearse por medio de planos y no de palabras, puede plasmarse en toda su intensidad, como parte y consecuencia de dos trayectorias cinematográficas que son dos maneras de ver el mundo, con muchos puntos de contacto, desde detrás de una cámara.

La creatividad deja de ser un ejercicio solitario en el momento en que la obra existe y sale en busca de los demás, que son quienes la dotan plenamente de sentido. Aquí, este ejercicio tiene una parte inicial realizada entre dos. Cuando la exposición llegue al público, llevará la carga de valor añadido que le aporta el encuentro entre dos creadores que, sin conocerse, sabían el uno del otro. Y que han tenido la generosidad de poner a prueba lo que sucede cuando sus trabajos creativos se muestran conjuntamente. Los artistas acostumbran a ser muy suyos y prefieren cabalgar en solitario. Aquí, no solo se exhiben uno junto al otro sino que en determinado momento se unen para tejer al alimón la experiencia de la correspondencia fílmica. Es una manera de simbolizar que todo creador se sitúa en una larga cadena que él no ha iniciado y a la que tampoco dará término.

El territorio común es la infancia: la infancia del cine y el cine de la infancia. El cine tiene dos características que lo diferencian de otras artes: es relativamente nuevo –tiene poco más de un siglo– y, por consiguiente, posee una historia perfectamente determinada. Todo cineasta sabe quiénes son sus ancestros. La novedad y la rápida asunción del cine, como si fuera un lenguaje de toda la vida que proporciona iconos y elementos al imaginario de los niños y a las novelas de formación, tiene que ver con la reflexión de dos cineastas insólitos. Sobre la doble infancia del cine versa, en definitiva, el carteo que Erice y Kiarostami han mantenido con ayuda de su bolígrafo: la cámara de cine. Es su manera de escribir.